

VICTORIA HOWELL WILLIAMS

**«ESPÍRITUS QUE LLEVAN CADENAS»:
MUJER Y RELIGIÓN
SEGÚN F. NIETZSCHE ***

INTRODUCCIÓN

En 1971 Mary Daly, una de las «madres fundadoras» y exponentes más radicales de la teología feminista, pronunció un sermón en Harvard Memorial Church, la primera vez que una mujer predicaba en este bastión del protestantismo norteamericano en los 336 años transcurridos desde su fundación. En su homilía, Daly hizo la siguiente afirmación:

«The plausibility of patriarchal religion is weakening. Nietzsche, the prophet, asked:

“What are these churches now if they are not the tombs and sepulchres of God?” Nietzsche’s misogyny did not permit him to see that the God who had to die was the patriarchal tyrant... as long as

* «¡Cuidado con todos los espíritus que llevan cadenas! Por ejemplo, con las mujeres inteligentes que el destino ha confinado en un entorno pequeño y sórdido y que envejecen en él. Aparentemente sestean al sol, amodorradas y medio ciegas: pero a cualquier paso extraño se alzan para morder; se vengan de todo lo que ha logrado escapar de su choza de perro.» F. NIETZSCHE, *Aurora*, Alba Editorial, Barcelona 1999, p. 212.

God is imaged exclusively as male, then the male can feel justified in playing God. The breakdown of the idols of patriarchal religion, then, is consequent upon women's new consciousness. Out of our courage to be in the face of the absence of these idols—in the face of the experience of non-being—can emerge a new sense of transcendence, that is, a new and more genuine religious consciousness. This means that a transvaluation of values can take place. Faith, instead of being blind acceptance of doctrines handed down by authority, can be a state of ultimate concern that goes beyond bigotry. Hope, instead of being reduced to passive expectation of a reward for following rules set down by the Father and his surrogates, can be a communal creation of the future. Love, instead of being abject acceptance of exploitation, can become clean and free, secure in the knowledge that the most loving thing we can do in an oppressive situation is to work against the structures that destroy both the exploited and the exploiter»¹.

Sería difícil negar la misoginia de Nietzsche, aunque no se distinguiese de otros filósofos de su siglo en este sentido; esta característica suya ha sido muy discutida por los especialistas en la obra de Nietzsche, debido a las aparentes contradicciones presentes a lo largo de su producción literaria, y, por otra parte, no ha supuesto un impedimento para la valoración positiva de su filosofía por parte de muchas feministas². En cuanto a la afirmación de que Nietzsche no se planteaba la necesidad de matar al Dios «tirano patriarcal», parece indudable que, a pesar de la famosa imagen de *Así habló Zaratustra* en la que se compara a Dios con a una vieja abuela que muere por cansancio, asfixiada por «su excesiva compasión», el Dios cristiano que Nietzsche criticaba era en definitiva un Dios «patriarcal», aunque el filósofo no habría entendido este término de la misma manera que una feminista de finales del siglo xx.

El presente trabajo es fruto de la reflexión «perspectivista» —no inapropiada cuando se trata de Nietzsche— por parte de una lectora interesada en la problemática de mujer y religión y que se acerca por primera vez a la obra de este autor. No pretende ser ni un análisis completo de la crítica nietzschiana del cristianismo, ni un estudio de la idea de la

¹ ELIZABETH A. CLARK y HERBERT RICHARDSON (ed.), *Women and Religion: The Original Sourcebook of Women and Christian Thought*, Harper Collins Publishers, San Francisco 1996, pp. 315-316.

² La aportación por parte de Nietzsche de un «marco epistemológico» que puede ser útil para el pensamiento feminista es señalado por varios autores de los artículos incluidos en K. OLIVER y M. PEARSALL (ed.), *Feminist Interpretations of Friedrich Nietzsche*, Pennsylvania State University Press, University Park PA, 1998.

mujer y lo femenino en Nietzsche, aunque se hará referencia necesariamente a estos temas. Se trata más bien de la exposición de algunos pasajes de las obras de Nietzsche en los que se manifiesta un aspecto de su actitud hacia el cristianismo que no ha sido tratado explícitamente en ninguno de los estudios consultados en la elaboración de este trabajo: me refiero a las numerosas alusiones (casi siempre negativas) al carácter *femenino* del cristianismo. El trabajo se centrará principalmente en cuatro obras del autor —*Aurora*, *La genealogía de la moral*, *El Anticristo* y *Ecce Homo*— y concluirá con unas breves consideraciones sobre el posible origen de este aspecto del pensamiento religioso de Nietzsche, así como el impacto de su metodología filosófica en la teología feminista contemporánea.

AURORA: REFLEXIONES SOBRE LOS PREJUICIOS MORALES

En esta colección de aforismos, escrita en 1881 cuando Nietzsche había abandonado ya su cátedra de Basilea e iniciado su vida itinerante entre Alemania e Italia, se anuncian muchos de los temas que constituyen su gran crítica del pensamiento y de los valores reinantes en la Europa de su época. Los aforismos en los que predomina la temática religiosa se concentran en el primer libro, empezando con el n.º 58 («El cristianismo y sus afectos») y continuando hasta el último de este libro, el n.º 96 («*In hoc signo vinces*»). En cinco de estos aforismos encontramos una referencia a Pascal, personaje para quien Nietzsche sentía una curiosa mezcla de admiración y desprecio; también figura en uno de los aforismos del tercer libro de *Aurora*, el n.º 192 titulado «Deseamos enemigos perfectos», que atañe a la cuestión de mujer y religión:

«No puede discutirseles a los franceses que han sido el pueblo más cristiano del mundo: no porque entre ellos la fe de la masa haya sido mayor que en otras partes, sino porque entre ellos los ideales cristianos más difíciles se han encarnado en hombres y no han quedado en idea, amago o medianía. Ahí está Pascal, en fuego, espíritu y honradez el primero de todos los cristianos —y considérese lo que había que unir aquí!—. Ahí está Fénélon, la expresión perfecta y encantadora de la *cultura eclesiástica* en todo su vigor: una *aurea mediocritas* que como historiadores tendríamos que creer imposible, mientras que sólo ha sido algo indeciblemente difícil e inverosímil. Ahí está Madame de Guyon entre sus pares, los quietistas franceses: y todo lo que la elocuencia y la intensidad del apóstol Pablo ha intentado intuir en la semidivinidad más sublime, amorosa, silenciosa,

arrebatada, del cristiano se ha hecho realidad, despojándose de esa impertinencia judía que Pablo muestra frente a Dios, gracias a una ingenuidad en la palabra y la actitud auténtica, femenina, fina, elegante y muy francesa»³.

Nietzsche continúa su recorrido histórico del cristianismo francés recordando al fundador de los monasterios trapenses, los hugonotes, y Port Royal (donde «floreció por última vez la gran ciencia cristiana»), atribuyendo precisamente al cristianismo el origen de la gran tradición de «pensamiento libre no cristiano». No es sorprendente que Nietzsche conociera a Madame Guyon, una mística laica que vivió entre 1648 y 1713, cuyas obras de espiritualidad fueron condenadas por la jerarquía francesa y por Roma durante la controversia sobre el «amor puro» protagonizada por Fenelon y Bossuet. Esto no impidió (y tal vez ayudara) que fuera venerada como maestra espiritual por protestantes holandeses, ingleses y alemanes y que sus obras fueran traducidas a varios idiomas incluso antes de su muerte. El lenguaje tan efusivo de este elogio por parte de Nietzsche de una figura de la tradición mística del cristianismo podría atribuirse tal vez a su característica francofilia, si no tuvieramos en cuenta lo que Nietzsche escribe en *Más allá del bien y del mal* sobre tres conocidas escritoras compatriotas de Madame Guyon:

«Demuestra que sus instintos están corrompidos, además de que tiene muy mal gusto, la mujer que apela precisamente a Madame Roland, a Madame de Staël o a Monsieur George Sand, como si de este modo demostrara algo *a favor* de “la mujer en sí”. Para nosotros los hombres, las tres mujeres que he citado son ridículas sin paliativos, ni más ni menos, y constituyen precisamente excelentes e involuntarios *argumentos en contra* de la emancipación y del dominio femeninos»⁴.

Otro tema tratado en varios aforismos de *Aurora* es el de la compasión, sentimiento considerado por Nietzsche como absolutamente despreciable, una «debilidad» que «*acrecienta* el sufrimiento del mundo»⁵; en el aforismo n.º 78, observa lo siguiente:

«En la antigüedad existía la desdicha, la pura e inocente desdicha; en el cristianismo todo se vuelve castigo, castigo bien merecido: que hace sufrir la fantasía del desdichado, que en su dolor se siente moralmente despreciable y despreciado. ¡Pobre humanidad! —Los grie-

³ F. NIETZSCHE, *Aurora*, o.c., pp. 177-178.

⁴ F. NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*, Yericó, Madrid 1989, n. 233, p. 180.

⁵ F. NIETZSCHE, *Aurora*, o.c., n. 134, p. 136.

gos tienen una palabra para la indignación ante la desgracia de los demás: este sentimiento era inadmisibile entre los pueblos cristianos, y por ello carecen de nombre para este hermano *más masculino* de la compasión.»

Veremos más adelante cómo Nietzsche vuelve a insistir en el carácter femenino de la «virtud» cristiana de la compasión, aunque conviene tener en cuenta esta observación de J. Salaquarda con respecto al significado preciso de esta palabra en la obra de Nietzsche:

«The general identification of Christian love with “*Mitleid*” (compassion or empathy construed as pity) remains problematic. At least, one should differentiate between a weak sense of “*Mitleid*” (understood as pity), which Nietzsche seems to have had in mind in his discussions, and an active “*Mitleid*” (understood as “compassions”) that grows out of awareness of the evils of the world and motivates one to fight against them»⁶.

LA GENEALOGÍA DE LA MORAL

Aparte de citar, en el contexto de su análisis del ideal ascético y sus manifestaciones históricas, los «voluptuosos desbordamientos y éxtasis de la sensualidad (historia de Santa Teresa)»⁷, hay en los tres tratados sobre la «transvaloración de todos los valores» que componen esta obra —«la más sombría y más cruel de su autor»⁸— sólo un pasaje en el que se refleja la naturaleza *femenina* del cristianismo. Es una cita textual de una obra anterior, que Nietzsche introduce al final de la *Genealogía* para resumir su postura fundamental frente al cristianismo:

«¿*Qué es aquello* que, si preguntamos con todo rigor, ha alcanzado propiamente la *victoria* sobre el Dios cristiano? La respuesta se encuentra en mi libro *La gaya ciencia*⁹: “La moralidad cristiana misma, el concepto de veracidad tomado en un sentido cada vez más riguroso, la sutilidad, propia de padres confesores, de la conciencia cristia-

⁶ J. SALAQUARDA, «Nietzsche and the Judeo-Christian Tradition», en B. MAGNUS y K. M. HIGGINS (ed.), *The Cambridge Companion to Nietzsche*, Cambridge University Press, Cambridge UK 1996, p. 107.

⁷ F. NIETZSCHE, *La genealogía de la moral*, Alianza Editorial, Madrid 1998, Tratado tercero, n.º 17, p. 170. ¿Habría leído Nietzsche los escritos místicos de Teresa de Jesús, o basaría su afirmación en la famosa escultura de Bernini que tal vez viera durante su visita a Roma en 1882, en la que conoció a Lou von Salomé?

⁸ *Ibíd.*, introducción de A. Sánchez Pascual, p. 7.

⁹ Aforismo n.º 357 («Sobre el viejo problema: ¿Qué es alemán?»).

na, traducida y sublimada en conciencia científica, en limpieza intelectual a cualquier precio. Considerar la naturaleza como si fuera una prueba de la bondad y de la protección de un Dios; interpretar la historia a honra de la razón divina, como permanente testimonio de un orden ético del mundo y de intenciones éticas últimas; interpretar la propias vivencias cual las han venido interpretando desde hace tanto tiempo los hombres piadosos, como si todo fuera una disposición, todo fuese un signo, todo estuviese pensado y dispuesto para la salvación del alma: ahora esto *ha pasado* ya, tiene *en contra* suya la conciencia, todos los espíritus más finos consideran esto indecoroso, deshonesto, lo consideran mentira, feminismo, debilidad, cobardía —y precisamente en virtud de este rigor somos, si lo somos en virtud de algo, *buenos europeos* y herederos de la autosuperación más prolongada y más valerosa de Europa...—. Todas las grandes cosas perecen a sus propias manos, por un acto de autosuperación: así lo quiere la ley de la vida, la ley de la “autosuperación” *necesaria* que existe en la esencia de la vida... Así es como pereció el cristianismo, *en cuanto dogma*, a manos de su propia moral; y así es como ahora el cristianismo *en cuanto moral* tiene que perecer —nosotros nos encontramos en el umbral de este acontecimiento¹⁰.

EL ANTICRISTO: MALDICIÓN SOBRE EL CRISTIANISMO

En esta obra, que manifiesta «la intención última» de Nietzsche¹¹, las referencias al carácter «femenino» del cristianismo, siempre en tono peyorativo, son más numerosas. En la sección n.º 7, dedicado a la «virtud» cristiana de la compasión, Nietzsche vuelve a insistir en su efecto pernicioso: «Uno pierde fuerza cuando compadece... El padecer (*Leiden*) mismo se vuelve contagioso mediante el compadeecer (*Mitleiden*).» El filósofo pasa entonces a enumerar «las reacciones que ella (la compasión) suele producir, su carácter de peligro para la vida»:

«La compasión obstaculiza en conjunto la ley de la evolución, que es la ley de la *selección*. Ella conserva lo que está maduro para parecer, ella opone resistencia con el fin de favorecer a los desheredados y condenados de la vida, ella le da a la vida misma, por la abundancia de cosas malogradas de toda especie que *retiene* en la vida, un aspecto som-

¹⁰ F. NIETZSCHE, *La genealogía de la moral, o.c.*, Tratado tercero, n.º 27, pp. 202-203.

¹¹ «(Es) la conclusión más coherente, la conclusión *necesaria*, de todo su camino mental. Si el pensamiento de Nietzsche no lleva a *El Anticristo*, no lleva a ninguna parte.» Prólogo de A. SÁNCHEZ PASCUAL a F. NIETZSCHE, *El Anticristo*, Alianza Editorial, Madrid 1997, pp. 7-8.

brío y dudoso. Se ha osado llamar virtud a la compasión (—en toda moral *aristocrática* se la considera una debilidad—); se ha ido más allá, se ha hecho de ella *la* virtud, el suelo y origen de todas las virtudes, pero, y esto hay que tenerlo siempre presente, desde el punto de vista de una filosofía que era nihilista, que inscribió en su escudo la *negación de la vida*»¹².

Al margen del uso del pronombre femenino, llama la atención el parecido de esta breve letanía de las cualidades de la virtud con los pasajes de la Biblia hebrea que cantan las maravillas de la sabiduría personificada como figura femenina. Mucho más explícita y contundente es la descripción de la mujer como necia y crédula que se encuentra en la sección 53, que comienza con la afirmación: «Que los *mártires* prueban algo a favor de una causa es algo tan poco verdadero que yo negaría que mártir alguno haya tenido nunca algo que ver con la verdad»:

«Las muertes de los mártires, dicho sea de paso, han sido una gran desgracia en la historia: *han seducido*... La conclusión sacada por todos los idiotas, incluidos las mujeres y el pueblo, de que una causa por la cual alguien se entrega a la muerte (o que incluso produce, como el cristianismo primitivo, epidemias de ansia de morir) es algo sin duda importante —esa conclusión se ha convertido en una rémora indecible para la investigación, para el espíritu de investigación y de cautela—. Los mártires han sido *dañosos* para la verdad... La mujer continúa estando hoy de rodillas ante un error, porque se le ha dicho que alguien murió por ella en la cruz. *¿Es, pues, la cruz un argumento?* ...¹³.

En el siguiente apartado (n.º 54), dedicado a la presencia de escepticismo en todos los «grandes espíritus», categoría a la cual la mujer claramente no pertenece:

«El hombre de fe, el “creyente” de toda especie es, por necesidad, un hombre dependiente —alguien que no puede erigirse *a sí mismo* en finalidad, que no puede erigir finalidad a partir de sí mismo—. El «creyente» no se pertenece *a sí mismo*, sólo puede ser un medio, tiene que ser *consumido*, tiene necesidad de que alguien lo consuma... Toda especie de fe es en sí una expresión de des-simismación, de extrañamiento de sí mismo... Si se tiene en cuenta cómo a los más les resulta muy necesario un regulativo que desde fuera los ate y los fije, cómo la coacción, en un sentido más alto la *esclavitud*, es la condición única y última bajo la que prospera el hombre débil de voluntad, y sobre todo la mujer: se entenderá también la convicción, la “fe”»¹⁴.

¹² *Ibíd.*, pp. 35-36.

¹³ *Ibíd.*, p. 102.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 104.

Después de preguntar en el apartado n.º 56 cómo se puede poner en manos de «niños y de mujeres» un libro, la Biblia, que contiene la frase «a causa de la fornicación tenga cada uno su propia mujer, y cada una su propio hombre: es mejor casarse que abrasarse», que Nietzsche contrasta con las «cosas delicadas y afectuosas» que se dice de la mujer en el Código de Manu, el filósofo vuelve a insistir en uno de sus temas preferidos: el nihilismo del cristiano y del anarquista, ambos *décadents*, que envenenaron y arruinaron al Imperio romano, logrando la destrucción de «la forma más grandiosa de organización en condiciones difíciles alcanzada hasta ahora»:

«Pero no era suficientemente firme contra la especie *más corrompida* de corrupción, contra el *cristiano*... Ese gusano escondido que se ha acercado subrepticamente, en la noche, la niebla y el equívoco, a todos los individuos y que la ha succionado a todo individuo la seriedad para las cosas *verdaderas*, el instinto para las *realidades*, esa banda cobarde, femenina y dulzona le fue enajenando paso a paso a esa enorme construcción las “almas” —aquellas naturalezas valiosas, aquellas naturalezas virilmente aristocráticas que sentían la causa de Roma como su propia causa, como su propia seriedad, como su propio *orgullo*»¹⁵.

Nietzsche termina su reflexión sobre la destrucción de los grandes valores del imperio romano —«la aristocracia del instinto, el gusto, la investigación metódica, el genio de la organización y de la administración, la fe, la *voluntad* de futuro humano, el gran sí a todas las cosas»— con unas palabras referentes a San Agustín y otros «agitadores cristianos» que alude indirectamente a la feminidad del cristianismo y le conduce a curioso elogio de otra religión monoteísta:

«¡Oh, son listos, listos hasta la santidad, esos señores Padres de la Iglesia! Lo que a ellos les falta es algo completamente distinto. La naturaleza les ha desatendido —olvidó proveerles de una modesta dote de instintos respetables, de instintos decentes, de instintos *limpios*... Dicho entre nosotros, ni siquiera son varones... Cuando el islam desprecia al cristianismo, tiene mil veces derecho a hacerlo: el islam tiene como presupuesto suyo varones...»¹⁶.

¹⁵ *Ibíd.*, n.º 58, pp. 113-114.

¹⁶ *Ibíd.*, n.º 59, p. 117.

ECCE HOMO: CÓMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES

En esta última obra de Nietzsche, encontramos en el apartado n.º 5 del capítulo «Por qué escribo yo libros tan buenos» una auténtica diatriba contra la mujer¹⁷, en un lenguaje digno de sus críticas más mordaces del cristianismo, pero que no alude a la propensión de la mujer a creer en el cristianismo, esa «negación de la voluntad de la vida hecha religión»¹⁸.

Refiriéndose a la composición de su obra *Humano, demasiado humano*, escribe Nietzsche que con ella «puse bruscamente fin en mí a toda patraña superior, a todo “idealismo”, a todo “sentimiento bello” y a otras debilidades femeninas que se habían infiltrado en mí»¹⁹. En el apartado n.º 7 de «Por qué soy yo un destino», ya casi al final de esta su última obra, Nietzsche vuelve al tema de la moral cristiana, insistiendo en lenguaje profético y casi apocalíptico en la importancia y la originalidad de su análisis del problema, y alude de nuevo a la mujer:

«¿Se me ha entendido? Lo que me separa, lo que me pone aparte de todo el resto de la humanidad es el haber *descubierto* la moral cristiana. Por eso necesitaba yo una palabra que tuviese el sentido de un reto lanzado a todos. No haber abierto antes los ojos en este asunto representa para mí la más grande suciedad que la humanidad tiene sobre la conciencia, un autoengaño convertido en instinto, una voluntad de *no ver*, por principio, ningún acontecimiento, ninguna causalidad, ninguna realidad, un fraude *in psychologicis* que llega a ser un crimen. La ceguera respecto al cristianismo es el *crimen par excellence*, el crimen *contra la vida*... Los milenios, los pueblos, los primeros y los últimos, los filósofos y las mujeres viejas —exceptuados cinco, seis instantes de la historia, yo como séptimo—, todos ellos son en este punto dignos unos de otros.»

Finalmente, no debe descartarse, particularmente a la luz de las afirmaciones tan abiertamente misóginas del comienzo de *Ecce Homo*, que la equivalencia «moral como *vampirismo*»²⁰ puede llevar implícito la imagen de la mujer que explota y chupa toda la vitalidad del hombre²¹.

¹⁷ F. NIETZSCHE, *Ecce Homo*, Alianza Editorial, Madrid 1998, pp. 70-72.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 130.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 94.

²⁰ *Ibíd.*, p. 144.

²¹ El *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española no incluye esta definición; sin embargo, cf. *Webster's Ninth New Collegiate Dictionary* (Springfield MA, 1983): «vampire: 1: The reanimated body of a dead person believed

CONCLUSIÓN

De todo lo expuesto hasta ahora podemos deducir, en primer lugar, que uno de los aspectos del cristianismo que Nietzsche consideraba despreciable era su carácter *femenino*. Ésta no fue, ni mucho menos, la faceta más importante de su crítica del cristianismo, pero sí un factor a tener en cuenta. Para Nietzsche, el *feminismo* del cristianismo se manifestaba en la capacidad de sus seguidores de creer en la gran mentira de la moral cristiana, de colaborar en su destrucción de todos los valores de la civilización aristocrática que dice «sí» a la vida, de ser débiles y compasivas, de engañarse a sí mismas. Algunos biógrafos y comentaristas han señalado la importancia para el desarrollo del pensamiento de Nietzsche de su rechazo del ambiente doméstico en el que se crió después de la muerte de su padre, entre mujeres devotas que esperaban que continuara la tradición familiar de ser ordenado pastor de la Iglesia luterana. A propósito de la infancia de Nietzsche, W. Ross ha escrito lo siguiente:

«Si de noche el devoto niño era escoltado por catorce ángeles, de día estaba rodeado por cinco virtuosas mujeres —la abuela, la madre, dos tías y la doncella...—. Esta circunstancia marcó su vida: primeramente hizo de él un “pequeño pastor” y después el gran rebelde y destructor que, a pesar de todo el revuelo, siempre conservó algo de predicador»²².

Aunque debe ser rechazado cualquier reduccionismo que quisiera ver en la crítica nietzscheana del cristianismo una mera cuestión psicológica, una simple reacción contra la influencia de la «perfecta máquina infernal» de su madre y su hermana²³, sería también imprudente ignorar los datos biográficos que pueden iluminar los orígenes y la evolución de su pensamiento. R. Solomon ha escrito lo siguiente a propósito de la conveniencia —especialmente cuando se trata de Nietzsche «el *psicólogo*»— de tener en cuenta tanto el filósofo como la filosofía:

«Philosophy, according to Nietzsche, is first of all personal engagement, not arguments and their refutations. The concepts of philosophy do not have a life of their own... They are from the start cultu-

to come from the grave at night and suck the blood of persons asleep 2 a: one who lives by preying on others b: a woman who exploits and ruins her lover».

²² W. Ross, *Nietzsche: El águila angustiada*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 36.

²³ F. NIETZSCHE, *Ecce Homo*, o.c., «Por qué soy yo tan sabio», n.º 3, p. 29.

rally constructed and cultivated and insofar as they have any meaning at all, that meaning is first of all personal. This does not mean that they are private, much less personally created but that they are personally *felt*, steeped in and constitutive of the character of the person in question. The fallacy, to the contrary, is supposing that a philosophy or its arguments can be cut away from their moorings in the soul of the individual and his or her culture and treated, as they say, under the aspect of eternity. This is precisely what Nietzsche refuses to do»²⁴.

Por otra parte, y volviendo a la cita de Mary Daly que encabeza este trabajo, es interesante —e incluso paradójico— observar que en la teología feminista cristiana, que surgió como una tendencia importante durante los mismos años en que la filosofía y la figura de Nietzsche fueron *redescubiertos* por una nueva generación, se manifiestan por lo menos tres elementos claves de la metodología nietzscheana: 1) la *sospecha* como punto de partida del análisis de los textos, las tradiciones y las estructuras institucionales del cristianismo; 2) el *perspectivismo*, que estudia los problemas teológicos y eclesiológicos desde el punto de vista de la mujer, y 3) el análisis *genealógico* de toda la larga historia de la comunidad cristiana, profundamente marcada por sus raíces en una cosmovisión androcéntrica y el rechazo del cuerpo femenino. Un estudio más detenido de los propósitos y logros de la teología feminista de los últimos tres decenios seguramente descubriría una importante deuda con Nietzsche, aunque no es difícil imaginar cuál hubiese sido la reacción del filósofo ante la figura de la *teóloga*²⁵.

²⁴ ROBERT C. SOLOMON, «Nietzsche *ad hominem*: Perspectivism, personality and *ressentiment*», en B. MAGNUS y K. M. HIGGINS (ed.), *The Cambridge Companion to Nietzsche*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1997, p. 217.

²⁵ En un artículo titulado «Nietzsche's Women and Women's Nietzsche», K. Winger expone el valor de la metodología nietzscheana para el feminismo moderno: «Feminists are unlikely to be positively disposed either toward the master or slave moralities. More often feminists are in sympathy with the liberalism associated with positivism. Yet, one can see why nineteenth- and early twentieth century women intellectuals were positively disposed toward Nietzsche. There is present in his genealogical work a critique of specific patriarchal institutions and their attendant values... He employs a method or methods that demand socially and historically contextual readings of intellectual values. He sees values as changing over time. Moral revolutions have happened in the past and they can continue in the present. As a philosopher he thinks it is his job to demand a social and cultural reform in the popular morality of his time.» En K. OLIVER y M. PEARSALL (ed.), *Feminist Interpretations of Friedrich Nietzsche*, University Park, PA, Pennsylvania State University Press, 1998, pp. 249-250.

Finalmente, este breve «ensayo» filosófico pone de manifiesto que las posibilidades de interpretación y reinterpretación de Nietzsche y su filosofía son ilimitadas, y que en ellos cada lector y cada generación encuentra reflejadas sus propias preocupaciones. Podríamos decir que, en cierto modo, Nietzsche comparte estas características con «El Crucificado» —ese personaje tan «inquietante e irresistible» contra quien el filósofo libró la gran lucha de su vida²⁶.

²⁶ «Ese Jesús de Nazareth, evangelio viviente del amor... ¿no era él precisamente la seducción en su forma más inquietante e irresistible...? *Genealogía de la moral, o.c.*, Tratado primero, n.º 8, p. 48.